



Redefinir la masculinidad

Un baile de máscaras

JJ Bola

PAIDÓS

JJ Bola

**Un baile
de máscaras**

Redefinir la masculinidad

Traducción de Ana Pedrero

PAIDÓS Contemporánea

Título original: *Mask Off: Masculinity Redefined*, de JJ Bola
Publicado originalmente en inglés por Pluto Press. Esta edición
ha sido publicada por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

1.ª edición, febrero de 2021

© JJ Bola, 2019

© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2021

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3780-2

Fotocomposición: La Letra, S. L.

Depósito legal: B. 224-2021

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien
libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Introducción.	
Un baile de máscaras: ser un hombre	9
1. « <i>Real Men</i> »: los mitos de la masculinidad	23
2. « <i>Gang Signs & Prayer</i> »: violencia, agresividad y salud mental masculinas	43
3. « <i>What's Love Got To Do With It?</i> »: Amor, sexo y consentimiento	73
4. « <i>This Is a Man's World</i> »: la política de la masculinidad y la masculinidad de la política	97
5. « <i>If I Were a Boy</i> »: igualdad de género y feminismo	115
6. « <i>See You at The Crossroads</i> »: las intersecciones de la masculinidad	131
7. « <i>Down in the DM</i> »: la masculinidad en la era de las redes sociales	155
8. « <i>Slam Dunk (Da Funk)</i> »: la masculinidad y el deporte	171

Conclusiones. « <i>Man in the Mirror</i> »: transgresión y transformación	191
Agradecimientos	211
Para profundizar	213

1

«*Real Men*»: los mitos de la masculinidad

Si un hombre entiende que la masculinidad es su columna vertebral, no le ve ningún sentido a extraérsela.

RHAEL

Existen varios mitos sobre la masculinidad que se han transmitido de generación en generación como verdades absolutas. Estos mitos se nos han inculcado desde pequeños sin apenas ser cuestionados, y a cualquier niño u hombre que no encaje en estas nociones estereotípicas prácticamente se lo destierra del clan de los hombres. Es como si ser un hombre fuera una liga deportiva en la que todos los hombres quieren jugar: está la *premier league*, la liga de élite a la que solo acceden y pertenecen unos cuantos, y luego están las ligas inferiores o de segunda o tercera división, donde juegan los semi-profesionales y los *amateur*, mientras que hay otros que no pertenecen a ninguna liga. La idea de lo que supone ser un hombre y las nociones de masculini-

dad que trae consigo se parecen más a un deporte en el que las reglas cambian constantemente en función de dónde se juegue. ¿Te imaginas que ocurriera de verdad? Si juegas a fútbol en Inglaterra, las reglas dictan que hay once jugadores y que solo se toca el balón con los pies, pero en Estados Unidos puedes usar los pies y las manos. Si nos vamos a Brasil, solo se puede usar el pie izquierdo, las porterías son más pequeñas y cada equipo consta de veinticuatro jugadores. En India, el balón ni siquiera es un balón, sino una sandía que hay que ir chutando, y en Nigeria solo está permitido utilizar la cabeza.

La cualidad de hombre, igual que la masculinidad, no es una entidad fija. No es un ladrillo cuadrado que cabe perfectamente en un agujero cuadrado en un mundo cuadrado. Está en constante evolución, es fluida y, lo más importante de todo, es y puede ser lo que tú quieras. Sin embargo, mientras siga habiendo creencias rígidas y estereotípicas sobre la masculinidad y nadie las cuestione, seguirá siendo frecuente que a los hombres les cueste identificarse con una masculinidad que se salga del *statu quo*. La lista de mitos es interminable, especialmente si tenemos en cuenta que la relevancia de ciertos mitos depende del lugar del mundo en el que te encuentres. Por eso he hecho una lista de nueve mitos frecuentes acerca de la masculinidad.

Un hombre de verdad

¿Cuántas veces has oído una frase del estilo de «un hombre de verdad cuida de sus hijos», o «un hombre de verdad no le es infiel a su pareja», o «un hombre de verdad cubre todos los gastos», o cualquier otra cosa que empiece con «un hombre de verdad» (o «los hombres de verdad») seguida de un conjunto de estipulaciones relacionadas con cada acción concreta? El «hombre de verdad» no existe. La propia frase se basa en ideales patriarcales que refuerzan todo aquello que se espera de un hombre. Y, en muchos casos, el contexto en el que se utiliza la frase apenas dice algo positivo sobre la masculinidad o sobre ser hombre. Fijémonos en «un hombre de verdad cuida de sus hijos». Eso es algo que *debes hacer* como progenitor, al margen de tu género. El hecho de que solo un «hombre de verdad» cuide de sus hijos implica inherentemente que el resto de los hombres, en general, no cuidan de sus hijos, ¿y en qué lugar deja eso a los hombres? La expresión «hombres de verdad» nos lleva de vuelta a la liga de élite en la que se supone que deben jugar los hombres, una liga a la que solo pertenecen los «hombres de verdad». La idea de que los «hombres de verdad» deben proporcionar los sustentos de la familia también se fundamenta en circunstancias materiales o económicas y no tiene en cuenta ni las desventajas

ni las exclusiones sociales. La intención de estos estereotipos es reforzar unas ideas muy limitadas de lo que un hombre puede y no puede ser: se utilizan en toda una serie de contextos y pueden llegar a someter a los hombres a una presión enorme.

Los hombres son basura

Hace unos pocos años, esta frase cobró vida en internet, en las redes sociales, y abrió un debate muy necesario sobre el privilegio masculino y la brecha de género al señalar las ventajas sistemáticas que el patriarcado concede a los hombres. No hace referencia (solo) a las relaciones de pareja o al contexto de las citas románticas, aunque a menudo se reduce a ello. Algunos replican diciendo «Búscate a hombres mejores» o negando su validez con la ya famosa frase «¡No todos los hombres somos iguales!». Como es comprensible, el apelativo «basura» desencadena una postura defensiva, que a menudo es consecuencia de malinterpretar la frase como si fuera de un ataque personal en lugar de tratarse de un comentario sobre la opresión colectiva a las mujeres. Sin embargo, esta actitud también surge porque muchas veces las personas se ponen a la defensiva cuando no están listas para aceptar el daño que han causado en la vida de un tercero. En muchos

casos, con «basura» simplemente se hace referencia al hecho de que los hombres abusan de su privilegio, algo que ocurre a diario en nuestra sociedad, tanto si lo hacen de forma consciente como si no. A mí también me cogió desprevenido esta frase la primera vez que la oí, me pareció que estaba cargada de resentimiento y de ira; pero cuando presté atención una vez superada la reacción inicial o la emoción visceral que me provocó, comprendí que nos dice más sobre los problemas sociales en torno al género que sobre un hombre en concreto.

El tipo majo/el buen chico

Esta expresión perpetúa el privilegio masculino de una forma traicionera. Aunque de buenas a primeras pueda parecer que evoca una imagen positiva de una clase de hombre, la idea de un tipo majo o un buen chico transmite de manera implícita que no es una persona peligrosa y que, por lo tanto, se merece o tiene derecho a recibir la atención, el tiempo y el trabajo de las mujeres. Es decir: si eres un buen chico, a las mujeres deberías gustarles, y, si no les gustas, el problema lo tienen ellas. Cuando un hombre se describe a sí mismo como un buen chico, está sugiriendo sutilmente que los hombres en general son tan malos que él debe desmarcarse del resto, y a

menudo trata de sortear así el privilegio masculino que comparte con los demás hombres.

Compórtate como un hombre

Esta frase suele utilizarse como una herramienta de silenciamiento emocional, y sobre todo se les dice a los niños durante la infancia. Imagina la siguiente situación: un niño está jugando en la calle y se cae al suelo, se raspa la rodilla y se pone a llorar. Va corriendo a su padre o a su madre, quien —muchas veces sin ser consciente de los efectos perjudiciales que puede ocasionar— le dice que «se comporte como un hombre», que los niños tienen que ser fuertes y otras frases del estilo. Así, los niños aprenden enseguida que expresar las emociones, y en especial las que muestran vulnerabilidad como puede ser el llanto, son debilidades, e internalizan esta idea de forma que, cuando pasan de ser niños a adolescentes y luego a adultos, reprimen sus emociones internamente sin siquiera darse cuenta.

«No me seas marica»

Esta frase se utiliza casi exclusivamente cuando los hombres establecen cierta intimidad (no sexual)

entre ellos, cuando expresan sus sentimientos o vínculos de una forma que trasciende a las expectativas hipermasculinas. Puede ser algo tan simple como decir «te quiero», o como que dos hombres se abracen o se cojan de la mano. Sea cual sea la manifestación, cuando se da entre dos hombres y los acerca, suele reaccionarse de esta manera. También está el problema de cuando los hombres dicen cosas como «sin mariconadas» o «no homo» por las mismas razones que en el caso anterior, pero sin decir abiertamente que ese algo «es gay». Por ejemplo, puede que un hombre le diga a otro: «Hoy tienes el guapo subido..., sin mariconadas». Se trata de un comentario homóforo malicioso. Aunque suele decirse con tono de broma, no deja de perpetuar una noción tóxica y muy arraigada en la masculinidad: que si los hombres se preocupan los unos por los otros, se hacen cumplidos o se demuestran afecto, es importante que dejen claro que son heterosexuales.

Los hombres no lloran

Podría decirse que es la continuación del «comportate como un hombre» que los niños arrastran consigo hasta que se convierten en adultos. Me acuerdo a la perfección de la primera vez que vi, de

pequeño, a mi padre llorar. Me dejó atónito. Durante toda mi infancia me habían dicho que fuera fuerte y que no llorara, y de repente tenía a la persona a quien consideraba la mayor fuente de fortaleza del mundo llorando frente a mí. Pero, en lugar de pensar que no pasaba nada por llorar, la conclusión a la que llegué a medida que me iba haciendo adolescente fue que tenía que asegurarme de ser lo bastante fuerte —más fuerte incluso que mi padre— para que nadie me viera llorar jamás; para que nadie viera jamás mis debilidades. Me llevó mucho tiempo dejar de pensar de esta manera. Ahora no me incomoda llorar, y puedo hacerlo en cualquier lugar: cuando termina una obra de teatro, en un concierto, después de perder un partido de baloncesto o cuando estoy solo. Incluso aprovecho para llorar un ratito mientras pico cebolla cuando cocino, y así mato dos pájaros de un tiro. Tras varias conversaciones, me he dado cuenta de que muchos de mis amigos adultos siguen sin sentirse cómodos con este grado de vulnerabilidad. Tengo amigos que afirman no haber llorado en años, o que no derramaron ni una sola lágrima en un momento trágico, como cuando falleció un ser querido o durante una ruptura amorosa. Además, llorar no está reservado para los momentos negativos; es una manifestación de lamento y tristeza, pero también puede expresar con la mis-

ma intensidad una alegría y una felicidad arrolladoras (¿acaso no nos encanta ver a un hombre llorar el día de su boda?), y ambas opciones son perfectamente válidas.

Los hombres son más fuertes que las mujeres

En YouTube hay un vídeo —«Labour Pain Simulator on 2 Men»— en el que dos hombres van al médico para que les coloquen unos electrodos en el abdomen que simulan el dolor del parto durante una hora. Al principio, los hombres están tan tranquilos; uno llega a decir que «ya se sabe que las mujeres lo exageran todo». Hacia el final del proceso, los dos se están retorciendo de dolor y son incapaces de soportar las contracciones simuladas. Al terminar, uno de los hombres admite que su madre es una superheroína y se disculpa de una forma muy graciosa por haberle provocado tanto dolor al nacer. Muy a menudo relacionamos nuestra concepción de la fuerza, tanto física como emocional, con el género. Naturalmente, existen diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres, pero los enfoques absolutistas en relación con lo que suponen dichas diferencias y cómo se manifiestan en la vida real suelen ser rígidos y erróneos. Los hombres no son más fuertes que las mujeres

por defecto. La fuerza es una cualidad variable que muchas veces depende de la situación (y no de quién es capaz de hacer más flexiones, levantar el objeto más pesado, pegar más fuerte o soportar más golpes). Además, podría decirse que la fuerza más admirable de todas es la emocional, no la física: la capacidad de resistir y superar las adversidades y de recuperarse rápidamente de ellas. Si definiéramos la fuerza de esta forma, ¿cambiarían las tornas sobre quién es más fuerte?

Los hombres se basan en la lógica (y las mujeres en las emociones)

Esta frase suele surgir del deseo de alejar a los hombres de su vulnerabilidad emocional y de su empatía hacia los demás. Se considera que los hombres son el género más lógico porque, supuestamente, reflexionan antes de actuar y de tomar decisiones y evalúan cada situación en función del mejor resultado posible, mientras que las mujeres evalúan en función de cómo se sienten. Al hablar de la «lógica masculina», se suelen pasar por alto toda una serie de emociones, como la ira o la rabia. Cuando la violencia doméstica aumenta en un 40 % porque la selección nacional de fútbol ha perdido una competición internacional, el tipo de

rabia y de agresividad de la que surge no es, ni de lejos, la más lógica.

Los hombres tienen más apetito sexual/piensan más en el sexo

Hay una cita muy famosa que se atribuye al poeta y dramaturgo irlandés del siglo XIX Oscar Wilde que dice: «Todo en la vida es sexo, menos el sexo: el sexo es poder». La primera vez que la oí fue de adolescente, y me impactó. Divide en dos la psique masculina proyectada: la primera parte —«todo es sexo, menos el sexo»— manifiesta que las personas actúan o se comportan de forma que aumenten las posibilidades de atraer a una pareja sexual; mientras que la segunda —«el sexo es poder»— refleja el hecho de que el sexo en sí mismo a menudo se concibe y se lleva a cabo como un medio para dominar a la otra persona. De ahí que la sociedad suele alabar la idea de que los hombres se acuesten con muchas mujeres, ya que a ellos se les etiqueta con epítetos inocuos como *donjuán*, *rompecorazones* o *ligón*, mientras que a las mujeres se las tacha de *putas*, *zorras*, *perras*, *guarras*, etcétera. La lista es infinita. En realidad, los hombres y las mujeres presentan, de media, el mismo grado de apetito sexual. Además, hay muchos hombres a los que tener mu-

chas parejas sexuales no les llena, y hay muchas mujeres a las que sí.

Hay una frase que merece ser mencionada: «son cosas de chicos». Podría considerarse una de las expresiones que más influyen en los niños porque se empieza a utilizar desde que son pequeños y los coloca en un camino en el que, con el tiempo, cuando se convierten en hombres adultos, ya han normalizado ciertos patrones de comportamiento destructivo. En la infancia, la frase «son cosas de chicos» suele utilizarse para justificar los comportamientos que se asocian de forma superflua con la masculinidad, es decir, los comportamientos que no se aceptarían en una niña. Se utiliza, por ejemplo, cuando juegan a pelearse —un fenómeno que se da casi exclusivamente entre niños varones y que suele empezar en el patio del colegio— y hasta la edad adulta cuando, entre otras cosas, piropean a mujeres por la calle o las acosan sexualmente. Al decir que «son cosas de chicos» (o que «son cosas de hombres») se elimina la responsabilidad de la acción y se enseña a los niños que existen ciertos comportamientos que no les acarrearán ningún problema porque son hombres. Es importante tener en cuenta que no existe un equivalente para las niñas.

Algo que no me gusta de los roles de género es que los hombres no pueden llorar. Nosotras po-

demos llamar a nuestras amigas y hablar durante horas, contarles que nos ha pasado esto y lo otro; esa es nuestra terapia. Nuestras amigas son nuestra terapia, es algo que hemos construido durante años, pero los hombres no tienen eso porque sus colegas se ponen en plan «tío, espabila, no seas pardillo» y «tío, supéralo» [...] Creo que es muy importante que los hombres puedan expresarse.

ZEZE

Existen muchos otros ejemplos de esta forma de pensar limitada y cerrada que en realidad se utiliza para reforzar una perspectiva estereotípica de lo que debería y no debería ser un hombre, visión que varía y difiere según la cultura, la región y la época, lo cual demuestra que la masculinidad no es algo fijo. Las expresiones externas de la masculinidad, incluidos sus estereotipos, no surgen de la nada, sino de la propia sociedad. Para cuando los hombres nos damos cuenta de algunas de las expectativas relacionadas con nuestro comportamiento, ya nos hemos pasado muchos años intentando cumplirlas de una forma u otra mediante comportamientos que nos han dicho que son «normales», lo que hace que resulten mucho más difíciles de desaprender.

La masculinidad performativa

Hoy en día nos encontramos inmersos en un acalorado debate sobre la masculinidad, la feminidad y el género binario, algo de lo que hablaremos en el capítulo 6. Algunos dicen que la masculinidad es tóxica y frágil y que está en crisis, mientras que otros defienden que el hecho de que cada vez se discuta más sobre la masculinidad demuestra que debe ser protegida a toda costa de aquellos que quieren destruirla. La masculinidad y la feminidad, tal como se han entendido tradicionalmente, consisten en los rasgos o características que presentamos según nuestro sexo, pero se distinguen de la definición de lo que es el sexo biológico femenino y masculino.

Judith Butler manifiesta que «el género es una identidad débilmente formada en el tiempo [...] mediante una reiteración estilizada de actos»¹ y señala su naturaleza performativa. Mientras que el género no es lo mismo que la masculinidad y la feminidad, los *roles* de género tienden a encajar en gran medida con los roles masculinos y femeninos. Para mucha gente la idea del género performativo

1. Judith Butler, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, 1990 (trad. cast.: *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, 2007).

se puede extender a la masculinidad y a la feminidad: llevamos a cabo roles y actos «masculinos» y «femeninos» específicos que validan continuamente la conciencia que tenemos de nuestro propio género. Por ejemplo, ser fuerte te hace más hombre y ser débil te hace más mujer.

La infinidad de cosas que se nos dice sobre la virilidad y la masculinidad son, en realidad, peligrosas para nosotros como niños y hombres, y también para quienes nos rodean, incluidas las mujeres (a lo largo del libro iremos profundizando en este punto). Entonces, ¿de qué ejemplos disponemos para ver cómo cambia la masculinidad en función del lugar y de la cultura en que nos encontramos? Ya hemos visto un pequeño ejemplo de cómo en lugares como Nigeria, Uganda e India —y el Congo, por lo que he explicado en la historia del primer capítulo— los hombres se cogen de la mano para demostrar hermandad, amistad y afecto. La historia nos ha dejado otros ejemplos, como las sociedades que eran predominantemente matriarcales y matrilineales, es decir, sociedades en las que las mujeres ostentaban posiciones de poder y no se las consideraba inferiores o más débiles que los hombres, y en las que era la mujer quien transmitía el linaje y la herencia. Con esto no estoy diciendo que dichas sociedades funcionaran de la misma forma que una sociedad patriarcal o domi-

nada por los hombres en lo referente a las estructuras opresivas, sino que sus mujeres ocupaban posiciones de poder y no se las relegaba a un papel marginal.

La escritora e investigadora feminista Heide Goettner-Abendroth sostiene que las sociedades matriarcales no deberían considerarse reflejos de las sociedades patriarcales, pues carecen de la estructura jerárquica del patriarcado. Las sociedades matriarcales se caracterizan por la igualdad social y el equilibrio económico, y basan su política en decisiones tomadas por toda la población (democracia). Fueron creadas por mujeres y construidas sobre valores maternos.²

Todavía existen sociedades matrilineales en algunos lugares del globo. Por ejemplo, el grupo étnico minangkabau —la sociedad matrilineal más extensa persistente en la actualidad—, en Sumatra Occidental, Indonesia, donde la herencia de tierras y propiedades recae en las hijas, los niños adquieren el apellido de la madre y al hombre se lo considera un invitado en el hogar de la mujer. La suya es una estructura política y social compleja y única, en la que se refuerza y se empodera la agen-

2. Heide Goettner-Abendroth, *Matriarchal Societies: Studies on Indigenous Cultures Across the Globe*, Oxford, Peter Lang Publishing, 2012.

cia de la mujer en vez de reprimirse, tal como ocurre en tantos sitios del mundo.³

Hoy en día seguimos atrapados en la idea de que el color rosa es para las niñas y el azul para los niños (solo hay que pensar en lo populares que son los vídeos de internet en los que se anuncia el género de un bebé), por lo que puede costar pensar que el maquillaje y los tacones, ambos considerados «femeninos», fueran diseñados en su origen para los hombres, o algo con lo que los hombres disfrutaban. A principios del siglo xvii, los tacones llegaron a Europa desde Persia, y los hombres solían llevar tacones para indicar que pertenecían a la clase alta. Estos zapatos eran caros, y usarlos demostraba que se disponía de riqueza material y de un estatus económico elevado. Los tacones también hacían que los hombres parecieran más altos y atléticos. Existe un famoso retrato del rey Luis XIV de Francia en el que aparece posando descaradamente con medias largas y unos zapatos blancos con un gran tacón marrón de unos siete centímetros.

En última instancia, la masculinidad es un acto performativo, es decir, se representa de tal forma que refuerza la extendida visión de lo que es normal para quienes nacen hombres. Eso no significa que

3. <www.bbc.com/travel/story/20160916-worlds-largest-matrilineal-society> (visitado por última vez el 22/11/2018).

la masculinidad sea destructiva en sí misma, pero, naturalmente, existe un problema con la masculinidad tóxica o hegemónica que exploramos a lo largo de este libro. R. W. Connell sostiene que la masculinidad hegemónica es peligrosa porque «legitima la posición dominante de los hombres poderosos en la sociedad y justifica la subordinación de la población masculina corriente y de la femenina, así como de otras formas marginadas de ser un hombre».⁴ Cuando tenemos en cuenta que se trata de un ideal que ha operado históricamente de formas diversas, fluidas y transformadoras en distintas culturas, empezamos a ver que no se trata de una fuerza estable.

La masculinidad no es lo mismo que el patriarcado. Y puesto que el patriarcado es una estructura opresora que impone la dominación de un género sobre el otro, debemos imaginar y poner de manifiesto una masculinidad que no dependa del patriarcado para existir, una masculinidad que entienda la necesidad de una igualdad entre los géneros que no solo sobreviva, sino que también prospere.

Por eso me gusta hablar de *masculinidades* y no de *masculinidad*, porque existen muchas formas

4. R. W. Connell, *Masculinities*, University of California Press, 1995 (trad. cast.: *Masculinidades*, Universidad Autónoma de México, 2003).

de ser un hombre. Tenemos una idea de la masculinidad que puede volverse tóxica o convertirse en un estereotipo negativo, mientras que las «masculinidades» diversas permiten que cualquier persona, ya sea hombre, mujer o alguien de género no conforme, acceda a sus propias masculinidades.

TOM